

CULTURA

ENTREVISTA | Lunes 12 de Septiembre de 2016

"Una historia en que negar el olvido hizo que la verdad viese la luz"

"Una flor para las tumbas sin nombre" es un film del director santafesino Daniel Hechim que rescata la historia de dos jóvenes desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar.



Daniel Hechim.

“Una flor para las tumbas sin nombre” narra un acontecimiento singular: el largometraje tiene como eje el primer caso y el único en el país de restitución de la identidad a desaparecidos, promovidos por vecinos comunes y en donde la escuela pública tiene un rol significativo.

Entrevistado por EL DIARIO, Daniel Hechim, director del largometraje que se presentó en 2014 y 2015 pudo verse en La Vieja Usina, brindó detalles del proceso de esta producción, que se ha presentado en todo el país, en el Festival de Venecia y que el próximo sábado llega al Cine Gaumont, en Buenos Aires. Este lunes, en tanto, se verá en el Consejo General de Educación, en una función para colegios, invitados y público en general.

-¿Cuál fue el momento más difícil -en lo emotivo- que les tocó afrontar durante la realización del film?

-Durante la investigación y la elaboración del guión que concursamos en el Incaa y tuvimos la suerte de que fue declarado de interés, que quiere decir que el Instituto nos financiaba el 70% del costo del largometraje a cambio de quedarse con los derechos de exhibición por televisión del mismo, no tuvimos contacto directo con familiares de los dos chicos desaparecidos. Pero una vez que empezamos a trabajar con ellos para el armado del film fue muy duro, es increíble la maldad y saña del terrorismo de Estado ya que no bastaba torturar y matar, sino que al desaparecer el cuerpo de la víctima, hacía pasar por un calvario a sus familiares y seres queridos. Nunca se cierra el duelo y acá estábamos hablando con un hermano que vino de Francia a buscar a su hermano desaparecido y se tuvo que quedar a vivir en nuestro país por más de treinta años o con una madre que tenía tanto dolor que nunca había dado una entrevista antes de charlar con nosotros y eso que el caso tuvo repercusión internacional porque se trataba de una mexicana y un francés. Todo ese acercamiento con los familiares de Yves Domergue y Cristina Cialceta –los jóvenes desaparecidos- modificó también nuestra visión de la película, más allá de que tomamos el tema con mucho respeto desde el principio, igual fuimos quitando todo lo que consideramos golpes bajos o elementos que podían hacer doler a los familiares, como por ejemplo las fotos del expediente de cómo fueron encontrados los chicos tirados a la vera de la ruta y varias cosas más que entendíamos que no valía la pena, que ya habían sufrido muchísimo.

-¿Se les complicó en algún momento el rodaje?

-Todo el tiempo (risas). El dinero te lo dan en cinco cuotas y cada ocho meses cada una, o sea que había que administrar muy bien. En cine se denomina Plan Financiero e implica rodarla durante más de un año. Pero esos detalles, ahora, a la distancia, son anécdota. Nos manejamos bien y pudimos filmar en Melincué, Rosario, Buenos Aires y Santa Fe en más de una oportunidad en cada una de esas locaciones. Yo creo que los mayores desafíos pasaban por el tratamiento narrativo que pretendíamos, como crear "un héroe" colectivo que es el pueblo de Melincué, pero que en la película está construido con la voz de más de una veintena de vecinos y podía ser muy difícil para el espectador o las metáforas visuales que habíamos elegido para algunos pasajes del documental.

Emoción

-Luego del estreno ¿hubo alguna proyección en la cual se conmovieran especialmente (sea por la recepción por parte del público o por algún acontecimiento especial que haya acontecido)?

-En todas. Pero me acuerdo en particular de una en San Martín de los Andes y se me pone la piel de gallina. Allí escuchamos el testimonio de una viuda de un desaparecido que enmudeció a la sala y nos quedamos todos con un nudo en la garganta. Siempre después de las proyecciones la gente se acerca conmovida y nos cuenta sus experiencias personales en la mayoría de las veces son familiares de desaparecidos por la última dictadura cívico-militar y nos agradecen y lloran y uno llora con ellos, y estamos muy agradecidos. La verdad que no nos arrepentimos de haber contado esta historia que a pesar de tratarse de dos muertes en el fondo es una historia maravillosa, porque es el primer caso y el único en el país de restitución de la identidad a desaparecidos, promovidos por vecinos comunes y en donde la escuela pública tiene un rol significativo, es increíble, porque fue una cadena de pequeñas acciones solidarias durante más de treinta años. Los otros casos de restitución de la identidad a víctimas del terrorismo de estado fueron a través de sus familiares o por organismos de derechos humanos como madres o abuelas de plaza de mayo.

-¿Esperaban la repercusión que alcanzó el film?

-Creo que la historia es muy particular y había que divulgarla y difundirla. Estábamos desentrañando una terrible historia de nuestro oscuro pasado reciente, que además trasmite valores solidarios en un mundo donde está ganando el individualismo y por ende el egoísmo, con mi compañera de ruta María Eugenia Bertone que es la productora y coguionista de Una Flor..., el solo hecho de enterarnos que las vecinas de un pueblo, que a su vez había pasado por su propio genocidio, le llevaba flores a una tumba de dos chicos NN porque presumían que los habían asesinados injustamente, desde ya que valía la pena hacer una película.

Proyectos e ideales

-Más allá de este trabajo ¿están abocados a la realización de algún proyecto actualmente?

-Siempre hay más de un proyecto con investigaciones y guiones en las computadoras de la casa, es muy difícil hacer cine desde el interior del país, pero no imposible y nosotros elegimos el camino más complicado que era producir y proyectar la película desde el interior hasta llegar a Buenos Aires. El círculo se está cerrando porque el próximo sábado 17 la película llega al cine Gaumont en Buenos Aires y entonces sí presentaremos un segundo proyecto de largometraje que estamos investigando y casualmente tiene que ver con esta hermosa provincia, porque es la historia de un maestro rural y un grupo de alumnos de la zona de islas de Entre Ríos.

-¿Como cineastas/documentalistas, qué los moviliza para que decidan llevar adelante un proyecto?

-Contar una historia que conmueva, una película documental no solo tiene que llegar a la razón, al pensamiento y ser reflexiva, además de ser realista, crítica y popular como bregaba el maestro Fernando Birri, una película te tiene que llegar al corazón, y desde allí te moviliza.

-¿Qué mensaje es para ustedes -vos como director, Eugenia como productora- la clave que quisieran que quedara en el público, en particular entre la gente más joven?

-Que vale la pena luchar por los ideales, que no tenemos que ser pasivos que hay que participar, que el trabajo en conjunto y solidario puede más, que pensemos en todo el dolor de todas esas madres y abuelas, cada vez más viejitas, que se mueren sin saber dónde están ni que paso con los cuerpos de sus hijos o nietos y que podemos ayudar a la verdad como hicieron los vecinos de Melincué, como hicieron esos chicos de quinto año de la escuela del pueblo, porque solo se encontraron 120 nietos y se restituyó la identidad a menos de un millar de cuerpos y que como decimos en la película todavía hay más de 800 tumbas NN desparramadas en los cementerios de nuestro país.

La historia

En una localidad del interior de Argentina tirados en un campo, en 1976, se encontraron dos jóvenes ejecutados a balazos que fueron enterrados como NN.

Melincué era entonces una pujante villa turística que por esa época también sufre inundaciones que durarán 30 años. Conviviendo con este drama, los pobladores preservarán la memoria de los jóvenes y buscarán conocer su identidad.

Pocos son los indicios existentes: el saco del joven, que se descubre que fue confeccionado en una localidad cercana; las fotos del expediente de los jóvenes muertos, que se publican en los diarios nacionales y locales pero que nadie llama reconociéndolos; unas huellas dactilares, que el Registro Nacional de personas no identifica.

Los distintos habitantes, gente común de Melincué, pasan a ser protagonistas de esta historia: la hija de un chacarero que encuentra los cuerpos muertos, un empleado judicial que protege y conserva obsesivamente el expediente, dos amás de casa que llevan siempre flores a las tumbas sin nombre, un sepulturero que ubica las fosas luego que el cementerio quedó bajo agua, una docente y sus alumnos de secundaria que llevan adelante un trabajo de investigación sobre derechos humanos.

Entre todos, durante más de 30 años, en una cadena de pequeñas acciones solidarias, mantuvieron viva la memoria de estos jóvenes asesinados por la dictadura y les posibilitaron devolverle la identidad a esos dos NN: Ella era Cristina Cialceta Marull, una joven mexicana; y él Yves Domergue, un joven francés; ambos militantes políticos.

El director

Trabaja en televisión desde hace 27 años, cuando comenzó como camarógrafo en Canal 9 de Entre Ríos, donde además desarrolló diversas funciones como editor, iluminador y director de programás. A partir de 1989 establece su propia productora independiente de video.



AUTOR: Carlos Marín
